

Pérez Requeijo, Ramón, 1869-1931

**El Banco de España y los problemas de actualidad
/ por Ramon Perez Requeijo**

Madrid : Imprenta de Enrique Rubiños, 1893

Signatura: D-21357

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

D-21357

7

BANCODE ESPAÑA
Eurosisistema

BIBLIOTECA



0-21357

D 21357

EL BANCO DE ESPAÑA
Y LOS
PROBLEMAS DE ACTUALIDAD



EL BANCO DE ESPAÑA

Y LOS

PROBLEMAS DE ACTUALIDAD

POR

RAMÓN PÉREZ REQUEIJO



MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Calle de San Hermenegildo, núm. 32.

1893



INTRODUCCION

De tiempo en tiempo obsérvase en la sociedad marcada predilección por una determinada clase de estudios, y de tiempo en tiempo también preséntanse reclamando la atención general problemas de índole diversa, cuya actualidad y el mayor ó menor grado de interés que para la humanidad pueden ofrecer, determinan su mayor ó menor importancia.

Registrando las páginas de la Historia, vemos cómo en las diferentes épocas han predominado unas sobre otras las diversas cuestiones que han ocupado la atención de la humanidad desde su origen, siendo esto una natural y lógica consecuencia del progreso universal, pues, siendo constante la marcha de la humanidad hacia su perfeccionamiento, mayor cada vez, sin que pueda nunca llegar á ser completo, es indudable que, á medida que el hombre consiguió dominar un obstáculo, vencer una resistencia, someter una fuerza, resolver un problema, un obstáculo mayor que el primero, una resistencia más poderosa, una fuerza más potente, un problema más arduo, se han presentado á sus ojos, embargando toda su atención y demandando de su inteligencia y de sus energías una nueva solución para que de este modo no pudiera quedar un momento sin cumplir la indeclinable, la fatal ley del progreso humano. Ora fué el espíritu guerrero la nota dominante, la tendencia exclusiva casi de la sociedad en una

época histórica determinada, y entonces constituían la afición, la inclinación general, las faenas de la profesión militar y el ejercicio de las facultades físicas del hombre; ora se trataba de la educación del gusto y de un mayor desarrollo del sentimiento, y así florecieron las artes; ora la fe religiosa ocupaba por entero las almas, y era el sentimiento puro de la religión el que predominaba en el corazón del hombre, y la idea de Dios la que principalmente ocupaba su atención.

Así es, pues, como en las diferentes épocas históricas han predominado unas cuestiones sobre otras, de las que afectan á la vida de la sociedad, ya se considere en su conjunto ó simplemente en los elementos que la componen; ó bien se presentan para ser sometidos á su observación, nuevos problemas que antes no existieron ni pudieron existir, porque son una resultante de la fecunda ley del progreso.

En la época presente, época de transición en la cual la humanidad parece que hace un alto en su marcha, con el fin de mirar hacia atrás contemplando el inmenso camino recorrido al propio tiempo que toma aliento para continuar con más bríos su interrumpida carrera hacia adelante, son las cuestiones que afectan á la inmediata satisfacción de las necesidades, así sociales como individuales, las que predominan sobre todas las demás, y, como consecuencia de esto, son los estudios de las leyes que regulan la vida económica de los pueblos y de los individuos, los que reclaman atención preferente de parte de publicistas y pensadores.

Enlazada, por la solidaridad, de una manera estrecha la vida de una sociedad con la de los individuos que la componen, fácil es deducir que todo aquello que tienda á mejorar las condiciones de la vida económica de la primera, mejorará sin duda alguna las de la vida económica de los segundos.

Por eso es tan grande su importancia, como la trascendencia que tienen, los problemas que constituyen hoy la ver-

dadera actualidad de nuestro país, la cuestión predominante cuyo estudio á todos preocupa y de cuya acertada solución pende el presente y el porvenir de la patria. En efecto, el desorden que ha imperado toda la vida en nuestra Administración pública; la general ignorancia que hasta poco há se ha observado con respecto á las cuestiones más serias y trascendentales y que se apartan por completo del rutinario plan de una enseñanza convencional, acomodaticia y muchas veces extraviada; y la falta en nuestro país, como consecuencia de ese mismo estado de ignorancia, del espíritu de asociación y de empresa, han amontonado crecidos *déficits* en nuestros presupuestos del Estado, originando hondas crisis que han perturbado los cambios y llevado la ruina á muchas industrias y la miseria á un extraordinario número de jornaleros.

Los presupuestos, la circulación fiduciaria, la crisis mercantil, los cambios extranjeros: he aquí los problemas del día. Acerca de ellos y sobre las diferentes soluciones que cabe darles, hánse echado á discurrir sabios y profanos, propios y extraños, proponiendo los unos soluciones de tan elevada filosofía, que no caben dentro de la realidad, y enseñando los otros fórmulas que, de puro prácticas, salta á la vista su ineficacia, no hallándose, de una manera positiva, demostrada la bondad de su aplicación, y no ha faltado quienes han declarado irresolubles aquellos problemas, fiando la solución al peso de los mismos acontecimientos.

Entre los que han propuesto soluciones concretas para aquellos problemas, hay muchos, la mayoría, que han señalado como término á las dificultades que resultaban de la falta de solución, la intervención de una entidad social, del Banco de España, de una manera directa en la gestión encaminada á conseguir el resultado apetecido, si es que no han disparado agudos dardos contra nuestro primer establecimiento de crédito, haciéndole responsable de la crisis moneta-

ría que hoy padece España, la cual ve agonizante su industria y casi aniquilado su comercio.

Dirigir una rápida ojeada sobre las cuestiones que acabamos de enunciar y ver la mayor ó menor intervención que en la solución de dichas cuestiones pudiera corresponder á nuestro primer establecimiento de crédito, es el único objeto de nuestro modesto trabajo.

A tratar de conseguirlo vamos ahora: si así ocurre, grande será nuestra complacencia; y si lo contrario sucediese, perdónenos el lector el haberle molestado tan inútilmente. .

I

ALGUNAS PALABRAS ACERCA DE LA CIRCULACIÓN FIDUCIARIA

Entendiendo por circulación fiduciaria la de los billetes de Banco, pues conviene advertir que también la misma moneda recibe el calificativo de *fiduciaria* cuando no reúne todas las condiciones legales, debemos empezar diciendo que mucho se ha hablado y escrito sobre tan importante cuestión, sin que haya podido determinarse hasta el presente una verdadera ley que regule de una manera exacta las condiciones á que debe sujetarse.

Y es que en todas las cuestiones económicas hay, además del fenómeno económico que lleva por la observación y la experiencia á la determinación de la ley que lo rige, dando así á la ciencia económica el carácter de exacta, otro fenómeno del orden psicológico, cuya mezcla, muchas veces misteriosa é in-advertida por la generalidad, modifica los resultados de la ley económica y rara vez permite averiguar la extensión é intensidad, por así decirlo, de la ley moral á que se halla sujeto el fenómeno psicológico (1).

Dos han sido los problemas que acerca de la circulación fiduciaria han pretendido resolver financieros y economistas: el límite de la emisión y el de la existencia metálica que sirva de garantía del importe de la emisión.

Sobre si el importe de la emisión ha de ser fijo y determinado *à priori* ó debe ser proporcional al capital del estableci-

(1) No nos extendemos más aquí sobre este punto, porque él es objeto de otro trabajo especialmente dedicado.

miento que realiza la emisión, y sobre si la existencia metálica debe ser la mitad, el todo ó la tercera parte de la suma de billetes emitidos, háse discutido ampliamente en la prensa, en las Academias y en las Cámaras, sin que haya podido llegarse á un acuerdo general, ni mucho menos unánime.

Cuando en el año 1888 comenzaba á plantearse en el terreno de la discusión, que más tarde había de ser ruda y acalorada, la cuestión relativa á la circulación fiduciaria en la parte que se refiere á la cantidad que el Banco de España debía estar autorizado para emitir, publicamos un artículo en una Revista financiera, con el título de *El límite de emisión*, en el cual defendíamos la teoría de que este límite no debía constituirlo una cantidad fija determinada *à priori* por la ley, pues ésta no podía en modo alguno tener presentes ni apreciar con exactitud los numerosos elementos que deben entrar en aquella determinación. En efecto: el mayor ó menor grado de confianza que el establecimiento autorizado para la emisión de billetes inspire al público; el estado del mercado general y del monetario en particular, son importantes elementos que, entre otros, deben servir de base para la determinación del límite de emisión, y es imposible que un Gobierno, y ni siquiera las Cámaras, de manera permanente al menos, puedan hacer esa determinación, la cual podría ser exacta, á lo sumo, en el momento de hacerse, pero que variaría con seguridad al poco tiempo, y entonces, ó se presentaba la dificultad grave de tener que estar continuamente modificando con otras sucesivas la ley primitiva, ó sobrevendría el peligro de tener que faltar cautelosamente á los preceptos legales, ó bien sufrir las consecuencias siempre funestas que resultan cuando enfrente de una reforma inmediata y necesaria se opone el brazo de hierro del poder ejecutivo, encargado de vigilar por el estricto cumplimiento de la ley.

Otra cosa ocurre ya respecto del segundo problema, ó sea el que se refiere á la existencia metálica que debe conservar constantemente para garantir el importe de la emisión, ó, me-

por dicho, para atender á las necesidades del cambio diario de billetes. Sobre este punto, aun consignando las mismas declaraciones que hemos hecho respecto del anterior, hay que declarar que ya permite sentar una base para, en el caso de determinarse por la ley cuál debe ser esta existencia, poder fijarla con una exactitud aproximada. Esta base es, y así lo decíamos en nuestro trabajo antes mencionado, que si el límite de emisión es fijo, el *minimum* de existencia debe ser relativamente pequeño, y mucho mayor si aquel límite es variable. Pero, naturalmente, cuidando siempre de examinar con la mayor exactitud posible el estado general de los negocios y sucesos políticos que de un modo inmediato puedan influir en ellos, así como la situación del mercado monetario, la del establecimiento en todos sus negocios, etc.

Pero sea de esto lo que quiera, y ya que en el nuestro, como en los demás países europeos el legislador ha creído conveniente fijar las condiciones á que deben sujetar los establecimientos de emisión la importantísima función de la circulación fiduciaria, todo cuanto podemos decir hoy aquí se reduce á que, dentro de los límites que la ley ha trazado, deben los administradores de estos establecimientos de emisión estudiar atenta y diariamente la marcha de las distintas cuestiones que hemos apuntado ligeramente y, después de esto, obrar con gran medida y prudencia, pues de lo acertada ó desacertadamente que se cumpla por los Bancos de emisión la importante función de establecer la circulación fiduciaria, pende principalmente el éxito ó el fracaso de sus operaciones, la conservación ó pérdida de su crédito, y su marcha ordenada, regular y progresiva.

*
* *

Y vamos ahora á fijarnos en un punto muy importante de la circulación fiduciaria que puede formularse en la siguiente pregunta: ¿cuál debe ser la clase de garantías de las obligacio-

nes de los Bancos de emisión? Estas obligaciones, sobre todas las que resultan del importe de los depósitos, cuentas corrientes y billetes emitidos, es sabido que son á la vista, y esta circunstancia hace que los valores que garanticen estas obligaciones deban ser de completa seguridad en cuanto á su cobro, y de un valor real inalterable en la fecha de su vencimiento, el cual tampoco puede ser largo.

Por esto se ha discutido no hace mucho en la prensa si las obligaciones del Banco, antes referidas, estaban bien garantidas con una cartera formada por valores del Estado en su mayoría, ó debía estar dicha suma de garantía compuesta solamente de valores comerciales al plazo de noventa días.

Desde luego, es indiscutible la bondad de una cartera de valores comerciales que reúnen las excelentes condiciones exigidas por el Banco de España á los efectos que son en él presentados para el descuento ó la negociación. De modo que esta clase de garantía no puede ofrecer tacha al más exigente.

Respecto de los valores del Estado, hay que empezar por establecer dos clases entre ellos: los que están en garantía de operaciones realizadas (préstamos, créditos con garantía, etcétera,) y los que forman parte de la cartera propiamente dicha del establecimiento, por ser de su pertenencia. Los primeros responden de las operaciones á que están afectos, y nada hay que decir de ellos, por lo tanto, y los segundos merecen párrafo aparte.

Dos hemos dicho más arriba que son las condiciones esenciales que deben reunir los valores que sirvan de garantía á las obligaciones á la vista del Banco; la seguridad del cobro en un plazo breve, y la certeza de que estos valores no experimentarán alternativas que disminuyan su valor de modo considerable.

En cuanto al primer punto, ocúrrese preguntar: ¿quién es capaz de dudar del crédito del Estado de su propio país? Y aun admitida la duda ó sospecha, ¿no ofrece la vida económica del Estado, por la publicidad de todas sus operaciones, me-

dios de investigar cada día su situación, cosa, en verdad, que no ocurre con el comerciante particular, cuyo crédito y cuya solvencia son muchas veces las que le otorga la fama, y ésta no es siempre justa? Aun cabe distinguir entre los valores representativos de la Deuda perpetua del Estado y los de la amortizable. Los primeros nunca constituirán tan buena garantía como los segundos porque no existe para ellos el reembolso del capital; y aunque éste puede obtenerse en el mercado bursátil, está sometido su precio á frecuentes oscilaciones, que le hacen en extremo variable. No sucede lo mismo con los valores amortizables, pues aunque también se hallan expuestos en el mercado á la ley general de los precios, sus oscilaciones no son tan frecuentes ni tan importantes como la de los valores que son á la vez de renta y especulación, su precio es más uniforme y, sobre todo, están sujetos al reembolso del capital por períodos fijos de tiempo.

Se dice que una gran suma de estos valores cotizables lanzados á la plaza en un momento determinado, produciría tal descenso en su precio, que ocasionaría un fuerte quebranto al establecimiento. Esta afirmación no está bien fundada, ni puede admitirse como una verdad absoluta; porque, si bien es cierta en principio, es preciso tener presente que, traspasado cierto límite, los resultados de éste, como de todos los demás hechos económicos, son contrarios á los efectos de la ley económica misma antes de aquel límite, y sucedería que si en un principio el exceso de oferta producía una baja importante en el precio, esta misma baja estimularía una demanda mucho más activa, que vendría á reponer los anteriores precios y aun podría suceder que los superase.

Así, pues, los inconvenientes que se han atribuido á esta clase de garantías en el caso de una realización necesaria, no radican en sí mismos, no constituyen su manera de ser, una de sus propiedades esenciales, sino que es más bien un hecho circunstancial, dependiente de la forma que se emplease para llevar á cabo aquellas realizaciones. Una administración pro-



dente y previsora, sabría perfectamente dar comienzo á aquella tarea en el momento oportuno y con la habilidad necesaria para que no resultasen lesionados los intereses del Banco ni perjudicado el crédito público; y de este modo, casi puede decirse que llena aún más que los mismos efectos de comercio las condiciones exigidas, esta clase de garantías; pues en un tiempo menor del que se necesita para la realización de los valores comerciales, se conseguiría fácilmente el reintegro de una cantidad, siquiera fuese grande, de valores del Estado.

Todo esto sin contar, además, con que los Bancos de emisión, como lo es el de España, tienen generalmente el carácter de nacionales como lo tiene el nuestro; y de aquí que su función principal no pueda ser ya la que sería de otro Banco cualquiera puramente mercantil. Los Bancos de comercio propiamente dichos son los encargados de propagar el crédito mercantil, y sus funciones son distintas á las del Banco de emisión, cuyo fin principal lo constituyen el establecimiento de la circulación fiduciaria y los auxilios al Tesoro público. Por esta razón las condiciones en que unos y otros deben llevar á cabo el ejercicio de sus funciones, son y deben ser distintas.

Creemos haber demostrado suficientemente con estas ligeras observaciones cuán infundados son ciertos ataques y determinadas alarmas, más bien inventadas que sentidas, cuando no se basan en la reflexión fría y no son el resultado de un juicio imparcial y sereno.

II

LA CRISIS MERCANTIL

Es evidente. No necesitamos citar hechos, ni siquiera consultar estadísticas, establecer comparaciones de cifras ni apurar al detalle los casos aislados. Basta con escuchar á los productores, á los industriales, y singularmente á los comerciantes, para no oír otra cosa que lamentos y quejas de la actual paralización de negocios, del marasmo hoy dominante, de la inacción á que se ven condenados la inmensa mayoría.

Pero antes de apuntar las causas de la crisis actual, conviene fijar bien el concepto de las crisis mercantiles.

Todo aquello que se aparta de lo normal, que se altera en su esencia, se dice que está en crisis, ó que padece una crisis.

Hay en los diferentes órdenes de lo existente, así en lo físico como en lo intelectual y moral, fuerzas é impulsos, ó tendencias que, opuestas unas á otras, son la razón de la existencia y las que sostienen el equilibrio general. En el conjunto de la sociedad, como en el conjunto de la creación, esas tendencias opuestas y esas fuerzas diversas hállanse en perfecto estado de equilibrio, hay ponderación. En el todo reina siempre la armonía. Pero esas fuerzas y tendencias diversas, consideradas aisladamente en el tiempo y en el espacio, son de diferente intensidad, tiene cada una de ellas influencia distinta en el sostenimiento del equilibrio general. Y cuando entre algunas de estas fuerzas ó tendencias existe predominio de unas sobre otras, ó se altera alguna de sus condiciones esenciales, se produce un desequilibrio más ó menos duradero, y este desequilibrio es lo que constituye la crisis.

Que en una cualquiera de las partes de nuestro organismo se produzca una alteración, un desorden, por ligero que sea, é inmediatamente veremos producirse un desequilibrio en el organismo general, el cual, á su vez, produce la crisis, pues no otra cosa es la enfermedad en la economía animal, que puede ser leve ó grave, detener la marcha ordenada de la vida por más ó menos tiempo, ó pararla para siempre.

Y así sucede con las crisis mercantiles. Un desequilibrio que surge en el estado normal de los mercados, un orden que se altera, dos fuerzas, tendencias ó corrientes (los dos factores de la vida económica, producción y consumo) que se desequilibran en el tiempo ó en el espacio. Esto es la *crisis mercantil*.

Conviene advertir que para que la crisis pueda, en rigor, considerarse como tal, menester es que ese desequilibrio, en el cual consiste, sea un desequilibrio, un desorden de esencia, pues las alteraciones puramente de forma y que no modifican, por lo tanto, el fondo de las cosas, no merecen el nombre de crisis.

Así, en el mismo cuerpo humano llamaremos crisis al resultado ó consecuencias de un desorden ó alteración de cualquiera de las funciones de uno ó varios de los organismos que mantienen el equilibrio general de la vida; alteraciones ó desórdenes que en el lenguaje vulgar se conocen con el nombre de enfermedad. Pero no consideraríamos como enfermedad, y por lo tanto como *crisis*, á un arañazo de la piel, á un pequeño golpe recibido sin consecuencias funestas, etc., si bien estos pasajeros é insignificantes accidentes ocasionan dolor en el momento de sufrirlos.

No están completamente conformes las opiniones con respecto á las causas que producen las crisis mercantiles. Quién opina que es el exceso de la producción sobre el consumo; quién que es el exceso de éste sobre aquélla, y quiénes, finalmente, que opinan que la una como la otra diferencia son la causa original de las crisis comerciales.

Sin embargo, el distinguido economista é ilustrado exministro francés M. Ives Guyot, combate con tales bríos la primera de las anteriores afirmaciones, tratando, por cierto, con bastante falta de respeto á los que sustentan esa teoría, que creemos necesario reproducir aquí alguno de sus principales argumentos.

«Todo exceso—dice (1)—de producción es, en realidad, un exceso de consumo. El fabricante que lo ha producido ha empezado por consumir en salarios para los obreros, en materias primeras, combustibles, organización de fábrica, etc., una suma de la cual no se reembolsa en seguida.

»Los observadores superficiales no han visto más que el término final, pasando por alto el primitivo: de aquí el error de declarar ¡en nuestro siglo! que había exceso de producción, cuando de los 1.500 millones de bípedos sin plumas que pueblan el globo, no hay tal vez un millón de hombres que puedan satisfacer largamente sus necesidades.

»El exceso de producción puede existir para una industria determinada; pero no podría existir para todas á la vez »

A nuestro juicio, le ha faltado á M. Guyot añadir: *ó para varias industrias en un lugar determinado*. Con esta adición estamos en un todo conformes con la opinión de M. Ives Guyot, pues si bien se mira, todo exceso de producción no es otra cosa que una falta de medios de adquisición, *pouvoir d'achat*, que dicen los franceses, por un exceso anterior de consumo.

No faltó tampoco quien atribuyese á las oscilaciones de los metales preciosos el ser causa de las crisis mercantiles en algunas ocasiones; pero aun esto que parece cierto, bien fácil es demostrar su inexactitud.

Los metales preciosos, al intervenir en los cambios como medida de los valores y signo de las operaciones mercantiles, es decir, considerándolos como monedas, no afectan en poco ni en mucho, si no es de una manera puramente accidental, á

(1) *La Science économique*, lib. V, cap. III.

la producción y consumo de mercancías cambiables, esto es, de los productos de la industria. La característica de toda crisis, su sello distintivo, es el desequilibrio, es decir, la pérdida del equilibrio natural, un desorden de esencia; y mientras esto no suceda, no hay tal crisis, lo mismo que sea grave como que sea leve. Se dirá, por ejemplo, que un comerciante atraviesa una crisis, si, por consecuencia de la paralización en las ventas ó la dificultad de los cobros, ú otra causa cualquiera, se encuentra con un desequilibrio entre sus valores á realizar y sus valores á pagar, siendo éstos antes que aquéllos (y la crisis será grave si se veía amenazado de no poder atender á todos ó la mayor parte de sus vencimientos, y leve si era uno solo y de escasa importancia además); ó, lo que es lo mismo, que le sorprende un desorden que podríamos llamar de esencia; pero sería ridículo decir que ese mismo comerciante padecía una crisis en su negocio porque tuviese los trabajos de escritorio muy atrasados ó se le hubiera extraviado la medida ó el peso de que se sirve en sus operaciones diarias. La prueba de esto la tenemos en ese considerable número de pequeños comerciantes, abastecedores principalmente, que no saben más de contabilidad que la cantidad de dinero—y esto lo saben de memoria—que emplearon en comprar los géneros de su comercio, y el que, después de vendidos estos últimos, se encuentra en el cajón del mostrador.

Siendo la moneda la equivalencia de dos mercancías que se cambian, no puede producirse una crisis si no es por una alteración producida en cantidades de esas mismas mercancías. Por lo tanto, cuando se dice que falta el numerario y que se padece, por consiguiente, una crisis monetaria, no es exacta la expresión, por cuanto lo que en rigor ha llegado á faltar son mercancías que poder cambiar por numerario.

*
* *

La crisis mercantil que actualmente padecemos en nuestro país, si bien no ofrece, hasta el presente al menos, los carac-

teres de gravedad que las de otras épocas, no deja, sin embargo, de amenazar bastantes peligros.

La causa es bien sencilla, y todo el mundo la conoce, aunque no todo el mundo, al ocuparse del asunto, lo declare unánimemente.

Denunciado en el año último el régimen de los tratados por terminar en él los que teníamos celebrados con las principales naciones, comenzó á notarse en nuestros centros productores, especialmente en los que se concentra nuestra producción vinícola, unánimemente reconocida como la principal riqueza del país, esa disminución de actividad, ese menor número de negocios, que es el síntoma precursor del desaliento, precursor éste, á su vez, de la inactividad infecunda y la paralización ruinosa.

Discutidas á su debido tiempo ampliamente las condiciones en que se celebraron los tratados que en el año último fueron denunciados, conocidas eran de todos los que á estos estudios se dedican asiduamente, las ventajas que ofrecían á la industria y al comercio nacionales, así como los beneficiosos resultados que en definitiva se obtuvieron.

Poco tiempo después de la denuncia de nuestros tratados, y principalmente el tratado con Francia, la exportación de nuestros vinos comenzó á decrecer de una manera, no por esperada menos alarmante; y, á pesar de haberse negociado algunos *modus vivendi*, llegó á presentarse, declarada ya de una manera franca, la aguda crisis que ha padecido y aún padece la industria y el comercio de vinos de España, llevando, como consecuencia natural y lógica, el desorden generador de una crisis grave á las demás ramas de la industria y del comercio nacionales.

Por si esto no fuese bastante, el Gobierno, sin distinción de partidos, con sus desgraciados proyectos de zonas fiscales, impuesto de patentes y más tarde con unos presupuestos que podrán ser muy buenos, no lo dudamos, y hasta inmejorables desde el punto de vista puramente de los intereses del fisco, pero

que son nocivos en grado sumo para el desarrollo de la abatida riqueza nacional, agobiando al contribuyente con el peso enorme de impuestos excesivos y, además, irritantes algunos por ser injustos, y deteniendo el desenvolvimiento de las fuerzas productoras del país, han contribuido eficaz y poderosamente al incremento de la actual crisis mercantil, agravada, por otra parte, por el comercio mismo, que en lugar de tomar las necesarias medidas para su completo remedio, se limitó á protestar contra algunos de los absurdos proyectos del Gobierno, pero con palabras pronunciadas en más ó menos alta voz y en reuniones poco solemnes y casi familiares.

Al final de este opúsculo nos ocuparemos del remedio de los males que aquí vamos señalando.

*
* *

No han sido pocas las personas, y de autoridad en la materia algunas de ellas, que han achacado la actual crisis mercantil á la continuada elevación de los cambios sobre el extranjero y á la excesiva cantidad de billetes que el Banco de España ha tenido y tiene en circulación.

Respecto del primer punto, ó sea de la influencia en la crisis de los cambios sobre el extranjero, ya nos ocupamos con alguna detención en el capítulo correspondiente.

Con relación á la influencia de la cantidad de billetes en circulación, aunque algo hemos dicho en el capítulo destinado á la circulación fiduciaria, que puede aplicarse con perfecta lógica á rebatir esta aseveración, no podemos pasar punto tan importante sin que dejemos consignada aquí nuestra modesta opinión.

Por de contado que no crean que es nueva, é inventada por los que ahora la pregonan, la teoría de que las crisis comerciales son muchas veces debidas á la circulación fiduciaria excesiva. Esa teoría es ya de Roberto Peel, pero no por eso es menos falsa.

En efecto, Mr. Took (1) asegura en su notable obra que siempre que ha sobrevenido un alza ó una baja en los precios, ha sido este movimiento el que ha precedido al aumento ó disminución de las emisiones de billetes y, por lo tanto, mal puede ésta ser consecuencia de aquél, más bien al contrario.

Además, anteriormente hemos demostrado que no son las alteraciones en la cantidad de numerario circulante las que pueden ocasionar ni ocasionan las crisis comerciales; y si se tiene presente que el billete de Banco concurre con la moneda á llenar las funciones de la circulación, y que siempre representa su valor una cantidad equivalente en moneda, está visto que no pueden estas emisiones, pequeñas ó grandes, ser la causa de las crisis mercantiles; pues, por otra parte, la cantidad de billetes emitidos, en tanto que el curso de éstos no sea forzoso, depende únicamente de las necesidades del mercado, que reclama signo representativo de los valores en tanto se obtiene la cantidad de moneda necesaria con el cambio de mercancías.

Numerosos ejemplos podríamos citar de abundancia de metales preciosos y al propio tiempo de crisis mercantiles tanto más hondas. La crisis de 1857 se presentó precisamente algunos, muy pocos años después de descubrirse los inmensos criaderos de oro de California.

Y es que con los metales preciosos que se hallan en la circulación ocurre lo que sucede cuando se encuentran en el bolsillo del avaro: de poco importa que éste posea tesoros cuantiosos, si su codicia, nunca saciada, le hace siempre vivir una vida miserable. Y poco importa que haya una gran abundancia de metales preciosos en la circulación si hay al mismo tiempo una gran escasez de productos cambiables, de aquellos que se aplican más directamente á satisfacer las necesidades del hombre.

*
* *

(1) *History of Prices.*

Respecto á los auxilios que el Banco de España debía prestar, según todo el mundo pide, al comercio, poco podríamos decir sin tener que repetir algo de lo dicho en el capítulo anterior, hablando de la circulación fiduciaria.

En primer lugar, como el Banco de España no tiene como principal el carácter de Banco de comercio, de aquí se desprende, según en el capítulo anterior hemos dicho, que no sea su principal misión la de ayudar al comercio, tal y como entiendo esta ayuda la mayoría de la prensa al menos, ó sea descontando el papel de los grandes y pequeños comerciantes, y hasta querrían algunos que el Banco de España descontase el papel de particulares más ó menos solventes, abriendo así un portillo por donde pudieran pasar los efectos de colusión.

Pero ¿dónde está entonces, cabe preguntar, la misión de los banqueros y de otros Bancos eminentemente mercantiles que funcionan simultáneamente con el de España?

Precisamente la misión de estos establecimientos es ó debía ser ésta: la de servir de intermediarios entre el pequeño comercio y el Banco de España, descontando ellos siempre el papel de aquél, y pignorando su cartera, cuando les fuese necesario, en el último.

Lo que hay es, que esos establecimientos que funcionan, en Madrid sobre todo, con el nombre de Bancos de comercio, de todo tienen, menos de tales. Obsérvense con algún cuidado sus balances; fijese la atención en la cartera de efectos comerciales descontados, y se verá cómo esto es nada, comparado con las cifras de otras operaciones, los arbitrajes y operaciones puramente de especulación.

Para ser el de España un Banco Nacional, cuyo fin ya anteriormente hemos visto cuál era, entendemos que presta eficaz ayuda al comercio de buenas garantías, el cual no necesita de la intervención de banquero, pudiendo descontar directamente sus efectos en el establecimiento. Basta, efectivamente, ver los balances del establecimiento, para observar cómo la cifra de los descuentos es siempre importante, y viendo,

por otra parte, las condiciones de los descuentos en el Banco, podrá apreciarse si tiene ó no importancia el auxilio prestado al comercio por el Banco de España. Esto sin contar lo que representa el apoyo que presta á los rentistas y especuladores con la pignoración de fondos públicos, y las cuentas de crédito con garantía de los mismos, cuyas operaciones auxilian á los interesados, y contribuyen poderosamente á detener la depreciación de los valores públicos en los momentos de crisis y cuando el pánico domina á la generalidad.

CUATRO PALABRAS SOBRE LOS PRESUPUESTOS DEL ESTADO

Cuando en España no entendían de cuestiones de Hacienda más que los Ministros que desempeñaban esta Cartera, y algún escritor más ó menos huraño, pero siempre dejado de la mano divina, á nadie extrañaba ver en los presupuestos del Estado, que se formaba primero el de gastos que el de ingresos, cosa que ha venido haciéndose, invariablemente, hasta la fecha.

Pero ahora que, en primer término, todo el mundo sabe mucho de Hacienda pública, si bien la mayoría no saben gobernar la suya particular, y está, además, todo sujeto á variaciones y á transformaciones radicales, se ha empezado á pregonar, como principio de un nuevo plan financiero que venga á regenerar nuestro antiguo y vicioso sistema, que los presupuestos del Estado son malos desde su origen, empezando por su confección.

Y, es claro, ¿cómo no ha de haber *déficits* —preguntan ellos,—y cómo no ha de reinar el desorden en nuestra Administración, si al comenzar á calcular los presupuestos, se empieza siempre por el de gastos? ¿Adónde iría á parar el orden de una casa, en su marcha financiera, si el jefe de ella empezase por calcular los gastos sin contar con los ingresos, y en lugar de subordinar aquéllos á estos últimos? Y de estas preguntas deducen, dando á ellas de este modo una contestación lógica y natural, que lo primero que debe hacerse, al for-

mar un presupuesto, es calcular los ingresos probables, y ajustar á ellos los gastos que ocasionan las atenciones generales del Estado.

Sin embargo, los que así hablan, se equivocan completamente.

Su error estriba en el mismo principio de su argumento, pues consideran iguales las condiciones de la vida económica del Estado y las de la vida económica del individuo, las cuales difieren completamente.

Un individuo que posee recursos periódicamente fijos, como un empleado, por ejemplo, deberá, al establecer el régimen financiero de su casa, ajustar sus gastos á sus ingresos, pues de lo contrario, se vería amenazado, igualmente que al Estado acontece, por el *déficit* devorador, el cual llegaría, en plazo más ó menos lejano, á destruir todos sus recursos, sumiéndole en una crisis aguda, que muy bien pudiera ocasionarle la muerte. Así, pues, cuidará de establecer sus necesidades, las cuales pueden aumentarse y restringirse hasta un grado increíble, ajustándolas á los ingresos fijos que tiene. Y aun este mismo individuo llega á un límite, pasado el cual, no le es posible disminuir, en modo alguno, sus necesidades. Este límite está marcado por aquello que constituye lo estrictamente preciso para el sostenimiento de su vida y la de su familia. De manera que forzosamente ha de obtener ingresos de un modo ó de otro, para atender á este límite ó *minimum* de sus necesidades.

La satisfacción de las necesidades del Estado es ineludible.

Cabe, si se quiere, en ellas, como en las del individuo, la economía; pero no hasta el punto de dejar los servicios indotados, y de que la misión del Estado en la vida de la nación no pueda cumplirse de una manera completa. Lo que debe ocupar principalmente la atención del estadista, es el grado de utilidad que para la nación tenga cada una de las diferentes clases de necesidades del Estado. En la vida del Estado, como

en la de la industria, no hay gastos improductivos; todos son reproductivos, pues son destinados á pagar servicios que redundan en beneficio general.

Cuando la vida económica del Estado padece una crisis, los esfuerzos y cuidados del hacendista deben dirigirse á hacer una concienzuda elección de las atenciones generales, á fin de restringir los recursos solamente de aquellas que no produzcan un perjuicio ó un quebranto á la riqueza nacional con aquella restricción. Y cuando, en este mismo caso, sea preciso aumentar los ingresos después de haber hecho todo lo que hacerse debe en el sentido de tener una buena administración, factor importantísimo para que la vida del Estado no se vea amenazada por las crisis que tanto la hacen languidecer, procúrese buscar ese aumento de los recursos del Estado con disposiciones tales, que lleguen á producir el deseado aumento en los ingresos, como consecuencia de un desenvolvimiento mayor de la riqueza nacional, porque imponer de una manera arbitraria, y sólo porque hace falta, mayores cuotas contributivas al contribuyente agobiado por el peso de tributos excesivos, será muy cómodo y fácil, pero ni es racional, ni científico, ni casi nunca práctico, por cuanto suele aniquilar una parte importante de la riqueza imponible, dando así resultados contraproducentes.

No vamos aquí á hacer un estudio de los presupuestos, porque esto sólo constituiría materia suficiente para un libro, y no es éste el objeto de nuestro trabajo. Apuntamos algunas ideas que creemos pertinentes, y nada más. Por eso sólo deseamos se tenga muy presente que un sistema contributivo que tienda á favorecer el desenvolvimiento de la riqueza pública, dando para ello facilidades á la industria y al comercio, y la buena administración, ó sea la aplicación inteligente de los recursos del Estado á las necesidades que debe satisfacer, son los dos principios fundamentales, la verdadera esencia de un perfecto plan de Hacienda,

No insistimos más sobre este punto, porque extensa y cum-

plidamente nos ocuparemos de él en otros trabajos que pronto verán la luz.

*
* *

La base de un buen plan de Hacienda estriba en unos buenos presupuestos; y es claro que de la mayor ó menor exactitud que presida en el cálculo de estos últimos, depende el éxito ó el fracaso de una gestión financiera al liquidarlos, y estos resultados de los presupuestos en el período de liquidación vienen á reflejarse en definitiva en el Banco de España.

En efecto; tras una serie no interrumpida de *déficit* y presupuestos erróneamente liquidados con relación á los cálculos que presidieron su formación, vienen los apuros angustiosos del Tesoro que reclaman siempre para su eficaz remedio el auxilio del Banco nacional.

Nada tiene esto de extraño; por el contrario, es muy natural que así suceda, dado el carácter del Banco de España y sus relaciones con el Tesoro y la Hacienda pública. Pero es que la mala gestión administrativa de nuestros Gobiernos, sus torpezas en el régimen económico y los errores cometidos hasta ahora en la confección de los presupuestos del Estado, de tal modo influyen en nuestro primer establecimiento de crédito, que podrían en un momento dado turbar la marcha perfectamente ordenada que resulta de su admirable régimen y hasta quién sabe si comprometer su situación.

Por eso importa mucho que el Consejo de gobierno del Banco estudie á fondo siempre las disposiciones de carácter económico y financiero que emanen del Gobierno y proponga su opinión, no dejando tampoco de utilizar su poderosa influencia á fin de contribuir eficazmente á la prosperidad de los buenos sistemas financieros, oponiéndose resueltamente á la adopción de medidas que puedan dar por resultado impedir el progresivo desenvolvimiento de la riqueza pública, perjudicar el crédito público ó empeorar la situación de la Hacienda; pues

todo esto, al reflejarse necesariamente en el establecimiento, podría, como antes hemos dicho, hasta comprometer su situación con repetidos auxilios, ineficaces siempre si no van acompañados de un sistema financiero ordenado é inteligente; y el día que ese compromiso se presentase en el horizonte de nuestro país, el conflicto sería inmenso, y una gravísima crisis financiera primero, mercantil después, y general en seguida, vendría á herir de muerte á nuestro comercio, aniquilando la producción y convirtiendo en cenizas la riqueza nacional.

No corresponde á nosotros señalar aquí el límite de las relaciones del Banco de España con el Tesoro y la Hacienda nacionales, ni tampoco determinar las condiciones á que esas relaciones deben ajustarse. Competencia sobrada tienen para ello quienes rigen la marcha del establecimiento, y á ellos corresponde exclusivamente esta tarea. No puede decirse lo mismo de los que rigen á intervalos los destinos del país, quienes, ocupados preferentemente de todo lo que se refiere directamente á intereses de bandera política ó espíritu de secta, abandonan los problemas que constituyen desde hace algún tiempo las verdaderas aspiraciones nacionales.

IV

ALGO SOBRE LOS CAMBIOS EXTRANJEROS

Si hubiésemos de hacer un estudio, siquiera no abarcáramos todos los aspectos de la cuestión, algo detenido y extenso de los cambios extranjeros, no podríamos limitarnos á dedicar un capítulo á este asunto: necesitaríamos escribir un libro; pero nuestro objeto es más modesto, aunque no por eso menos útil, pues nos hemos de contentar con presentar al lector en una síntesis, lo más concisa que sea posible, los términos de esta cuestión y la solución mejor que cabe dar al problema que ella encierra.

Para los efectos de nuestro estudio, consideraremos como cambio extranjero á la cantidad de moneda extranjera que se cambia por una cantidad determinada de monedas nacionales, ó viceversa. Esta cantidad, que antes se refería al número variable de francos (hablando del cambio con Francia) que se daban por el tipo ó cantidad fija de 5 pesetas, se expresa ahora en un tanto por ciento de beneficio ó quebranto, sobre la par de la igualdad de los respectivos sistemas monetarios, para nuestras relaciones mercantiles con la vecina República, y un número variable de pesetas por el tipo fijo de una libra esterlina para nuestros negocios con Inglaterra, las dos naciones con las cuales mantenemos principalmente las relaciones de nuestro comercio exterior, no habiendo experimentado variación nuestro sistema de cambio con los demás países.

Las necesidades del hombre son en extremo variables; aumentan ó disminuyen según sus medios y su diferente poder de producción, pero siempre tienden á aumentar propor-

cionalmente á la marcha del progreso. Todo lo que necesita un individuo para la vida, no puede proporcionárselo por sí mismo, con su solo esfuerzo; le es indispensable recurrir al concurso de los demás, cambiando sus productos y su trabajo por el trabajo y los productos de otros hombres. Todo lo que necesita un pueblo no basta á proporcionarlo la industria del país; necesítase recurrir al concurso de los demás países, cambiando algunos productos de la industria nacional por otros de la extranjera. He aquí el origen y razón de ser del comercio internacional.

Este comercio internacional da lugar á dos corrientes encontradas: la suma de mercancías que salen de un país para el extranjero (exportaciones), y la de aquéllas que del extranjero entran en el país (importaciones). La diferencia de los valores que unas y otras mercancías representan, es la cantidad que tiene que recibir uno de los dos países que haya enviado al otro mayor cantidad de mercancías de la que recibió.

Pero el comercio internacional no se limita á las mercancías, es decir, á los productos de la industria. Compónenlo, y muy principalmente, esa otra clase de transacciones de las cuales resultan los documentos de crédito ó valores moviliarios internacionales, llamados por algunos mercancías invisibles, que son consecuencia de empréstitos, negociaciones de la alta banca, etc.; pues, si para atender á las necesidades de un país no bastan los productos de su industria, para atender á las necesidades del crédito no bastan los capitales nacionales disponibles, sino que es preciso recurrir á los extranjeros. En una palabra: el comercio del dinero y el uso del crédito tienen, como el comercio de los demás productos, su esfera de acción en el mercado internacional.

Así, pues, los elementos que entran en la determinación del precio del cambio extranjero no son las importaciones y exportaciones de mercancías solamente, sino esas otras importaciones y exportaciones que se han llamado también arti-

ficiales, y que influyen tanto ó más como las mismas de los productos.

Las exportaciones de todas clases, mercancías, títulos de la Deuda del Estado y valores de Empresas industriales, así como sus cupones, originan la creación de valores ó créditos en el extranjero, produciendo la importación de numerario. Al contrario, la importación de esos mismos valores diversos ocasiona la exportación de la moneda del país. Pero esto no se verifica aisladamente, y la traslación del numerario de un país á otro tiene sólo lugar en fin de cuentas y cuando los compromisos internacionales llegan á saldarse, verificándose sólo por la diferencia entre las importaciones y exportaciones totales.

Y he aquí cómo nacen los efectos sobre el extranjero, letras de cambio y cheques, creados y ofrecidos en el mercado por los que han exportado al extranjero, y solicitados por aquellos que importaron de él los productos necesarios para la industria y el comercio nacionales. Ahora bien; estos efectos son los que representan el cambio internacional, y el precio de ellos es el precio del cambio extranjero.

Entre dos países cuya moneda de cambio es equivalente, es decir, que está fabricada del mismo metal, la cuestión de la determinación de los elementos que regulan el precio del cambio extranjero es bien sencilla. Determinada la par monetaria, todo se reducirá á aumentar el valor que representa la traslación material de las monedas del uno al otro país y los gastos de seguro de los envíos. Así, pues, aumentando á la par ó disminuyendo de ella la cantidad que estos gastos representan, tendremos marcados los límites de entrada y salida de las monedas, dentro de los cuales puede oscilar el precio de los efectos sobre el extranjero, ó sea el precio del cambio extranjero. Estos límites, llamados *gold points*, determinan el precio de los efectos sobre el extranjero, pero cuando la moneda de cambio entre los dos países es de un mismo metal y para los efectos á la vista; pues para los efectos á largo ven-

cimiento entra ya en el cálculo otro elemento, el interés del dinero conforme al tipo del descuento que rija en la plaza donde el efecto ha de ser pagado.

Efectivamente: si el precio de los efectos (á corto) sobre un país extranjero excediese al de la equivalencia de la moneda, aumentada en los gastos de transporte del numerario, seguro, etc. (*gold point* de salida del numerario), los que tuviesen que remesar á aquel país preferirían hacer el envío de la cantidad en moneda, á tomar letras sobre el mismo. Disminuiría así la demanda de dichos efectos, el arbitraje establecería la corriente contraria (enviar monedas y vender letras), y el equilibrio se restablecería instantáneamente. Es igual, aunque inversamente, en el caso contrario, esto es, si el precio de los efectos sobre el extranjero fuese inferior al límite antes indicado (*gold point* de la entrada del numerario).

Pero la cuestión se presenta ya más complicada cuando la moneda de cambio de los dos países está acuñada en metal diferente.

Y no procede esa dificultad de la menor facilidad que haya para determinar el elemento que sirve para establecer los límites del cambio extranjero, sino que entran ya tales elementos en esa determinación, que no es fácil en un momento dado decir á cuál de las diferentes causas que producen las oscilaciones del cambio, puede atribuirse la elevación ó el descenso que éste experimenta.

Entonces ya será preciso empezar, cuando se trate de esta cuestión, por tener presente la relación de los dos metales en los cuales se acuñan las monedas de ambos países; y aún no es éste sólo el dato, por sí mismo ya bastante variable, que es necesario tener presente, sino que el arbitraje, la especulación y el agio juegan aquí un papel importantísimo, no viéndose siempre á la simple vista la respectiva posición de cada uno de estos elementos.

Así se observa lo que en nuestro país acontece actualmente.

No es, como se ha dicho, la causa de la elevación de nuestros cambios con el extranjero, la ausencia del oro en nuestra circulación monetaria, el exceso de la circulación de billetes, ni tampoco por sí mismo el exceso de las importaciones sobre las exportaciones de nuestro comercio de productos. Por el contrario, la ausencia del oro de la circulación monetaria, y el exceso de la circulación fiduciaria, si le hay, son efecto y no causa de la elevación del cambio extranjero.

La causa está en la especulación, cuya corriente, iniciada en Francia ya hace algún tiempo, ha sido el resultado de una campaña de descrédito para la Hacienda española y para los valores representativos de la Deuda nacional, provocando así una serie de realizaciones en los mercados extranjeros de valores españoles de todas clases y por una cantidad de todo punto considerable, cuyas realizaciones han hecho bajar el precio de dichos valores otro tanto que elevaron el precio del cambio extranjero después de haber hecho salir el oro de nuestra circulación con la fuerte prima que, consecuencia de esta gran demanda, llegó á tener y todavía hoy alcanza. Esto unido, claro está, á la importante disminución que experimentaron nuestras exportaciones á raíz del implantamiento del nuevo régimen arancelario, subsiguiente á la denuncia de los tratados.

No hay duda, por otra parte, que este movimiento de alza del cambio extranjero se ha exagerado demasiado por la especulación, habiendo llegado los banqueros á establecer sobre los cheques y letras sobre el extranjero una verdadera especulación al aire, semejante á la que se verifica en las operaciones á plazos con los fondos públicos.

Son diversos los procedimientos que se han empleado para remediar este mal grave que hoy padece nuestro comercio. Entre ellos merece citarse el del ilustrado escritor señor Díez Pinedo (1), quien ha propuesto, en un bien pensado ar-

(1) *Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para 1893*, pág. 83.

título, la conveniencia de domiciliar el pago de los cupones de nuestra Deuda exterior, en Madrid ó en el extranjero, á elección de los tenedores, pero no pudiendo cobrarse en una parte los domiciliados en la otra. Este proyecto, como se ve fácilmente, tenía como principal objetivo el evitar las exageraciones del agio sobre los fondos públicos de carácter internacional, y por consecuencia sobre el cambio extranjero.

Tampoco ha faltado quien pensase en el establecimiento de *Clearing-Houses* internacionales; pero estos procedimientos, aunque recomendables y muy dignos de tenerse en cuenta, no creemos que remediaran el mal de una eficaz y pronta manera; esto sin pararnos, además, á analizar algunos defectos que ofrecería su adopción. (1)

Nosotros creemos firmemente que aquello que la especulación hace, la especulación es quien prontamente puede deshacerlo, con sólo una fuerza directora poderosa que la guíase por el camino opuesto al que ella emprendiera.

Y en esto sí que corresponde una intervención directa al Banco de España.

*
* *

Es injusto, es improcedente y es peligroso que en España no exista un regulador del cambio extranjero, asunto de tan vital importancia para la vida de nuestro comercio; y es más injusto aún, y más improcedente, y más peligroso que cuando ese regulador existe, sea un banquero, sin otros conocimientos de negocios que los estrictamente precisos para su propio y

(1) La teoría de la variación del tipo del descuento para regular la marcha del cambio extranjero, no hacemos más que mencionarla en esta nota, porque ella es perfectamente aplicable entre dos países cuya respectiva moneda de cambio es el oro. Pero, como dice muy bien el ilustre hombre financiero Sr. Fariña (D. Benito), de nada serviría esa especie de escala móvil del tipo del descuento en nuestro país donde el problema del cambio extranjero está determinado por la variable relación de los dos metales monetarios y la especulación desordenada sobre éstos y sobre las letras del extranjero.

particular provecho, ó bien un agiotista con menos conocimientos tal vez y atento sólo, como el anterior, á realizar un beneficio sin fijarse para nada en la forma que emplea para conseguirlo.

El Banco de España ha normalizado el giro nacional regulando el premio de las letras; él regula asimismo el interés del dinero con sus operaciones de préstamos y descuentos; él podía por medio de créditos en el extranjero, y dados sus poderosos elementos, regular igualmente el precio del giro extranjero, matando el agio que tan exageradamente lo ha elevado. Sólo con que nuestro primer establecimiento de crédito hiciera en este sentido algo que sirviese, por lo menos, de freno á los agiotistas, se habría recorrido gran parte del camino en el de la solución del problema. Después, el arbitraje y los mismos acontecimientos harían el resto.

Grande sería la satisfacción del comercio español, y del público en general, al ver que el Banco de España tomaba la iniciativa en asunto de tanta trascendencia, y aún tenemos la esperanza firmísima de que en su Consejo de Gobierno llegará á proponerse la solución de este asunto, llegando tal vez á tomar algún acuerdo que redunde en beneficio del comercio de nuestro país, el cual espera anhelante llegue un momento en que el barómetro de los negocios mercantiles le indique un tiempo despejado y bonancible, con una baja en su presión.

V

CONCLUSIÓN

Hemos tratado de una manera general y sintética los problemas de verdadera actualidad, proponiéndolos en forma que, á nuestro juicio, ofrezca alguna novedad, á fin de que por otros, la mayoría de los que miran con interés estas cuestiones, y aun por nosotros mismos, se estudien con fruto é interés al propio tiempo problemas de tanta trascendencia para la vida económica de la patria, fijándonos hoy sólo en un aspecto de la cuestión, principalmente: en la mayor ó menor intervención que en la solución de estos problemas corresponde al Banco de España; y hemos hecho esto por creerlo de utilidad y justicia, ya que tanto se ha falseado la opinión en la prensa, publicando conceptos erróneos y noticias falsas sobre tan importante y variada materia.

Materia tan vasta como la libertad de Bancos y la de emisión, ha sido siempre objeto de brillantes polémicas, presentando así en su mismo origen los problemas diversos que resultan de toda la Economía bancaria. La opinión se halla dividida, participando del uno y del otro criterio, no siendo fácil determinar con exactitud, aproximada siquiera, qué teoría tiene mayor número de partidarios, y cuál es, por lo tanto, la que predomina.

Partidarios nosotros de la libertad bienhechora que vigoriza, crea y desarrolla, pero no del abandono anárquico que esteriliza y mata, somos partidarios de la libertad de Bancos y de emisión en las esferas elevadas de la teoría, pero no po-

demos admitirla en la práctica, sin las convenientes condiciones de preparación. El individuo no goza de su libertad é independencia hasta que, por la edad y el desarrollo de sus facultades, se halla en condiciones de usar de ella convenientemente. De la misma manera los pueblos no pueden gozar nunca una libertad, con verdadero carácter de permanencia, sin que se hallen, por su vigor é instrucción, en condiciones de hacer un buen uso de ella.

Los monopolios no tienen razón de existencia en la vida de la humanidad, es verdad; pero ellos han evitado males muy graves á la sociedad, que no hubiera dejado de padecerlos con su abolición, justificando así la necesidad de su existencia en determinados períodos históricos.

Pero esto no lo han observado los que de una manera sistemática anatematizan, con absoluta falta, así de razón como de lógica, la vida y funciones de los grandes organismos financieros, no habiéndose parado á examinar las ventajas que, en cambio de sus monopolios, han ofrecido al país respectivo, y á la sociedad en general.

Y es así como han censurado sistemática y duramente (porque, obsérvese bien, siempre que hay falta de razones ó de lógica, nótase un exceso de dureza y energía de expresión) la marcha de nuestro establecimiento de emisión, como la de iguales establecimientos de las demás naciones, y hasta se les ha echado en cara que sus beneficios eran tanto mayores, cuanto mayores y más frecuentes eran las crisis, estando, pues, basados en los quebrantos de la industria y el comercio. Pero, aún suponiendo esto rigurosamente cierto, no dejaría de ser una natural consecuencia de su misión; y censurarlos por eso, equivaldría á censurar al médico ó al boticario, cuyos beneficios están en razón directa de los males que padecen los demás.

Nosotros, que procuramos estudiar estas cuestiones con razón serena y recto espíritu de justicia, manifestan lo después nuestras opiniones con la más completa sinceridad, ve-

mos, por encima de todo, y aun sobre los mismos monopolios, la sublime armonía del Universo y, como resultado de esas desigualdades parciales y de esos errores aislados, la suprema igualdad del conjunto, y la verdad y el equilibrio absolutos que resplandecen y vagamente vislumbra la inteligencia humana en el todo de la creación.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Introducción.....	5
I. - Algunas palabras sobre la circulación fiduciaria.	9
II.—La crisis mercantil.....	15
III.—Cuatro palabras sobre los presupuestos del Estado	24
IV.—Algo sobre los cambios extranjeros.....	29
V.—Conclusión	36







España. E